

SUSANA GERTOPÁN | ILUSTRACIONES DE GERARDO BARÓ

Cuentos para nietos



en
Alianza
EDITORIAL

Cuentos para nietos

SUSANA GERTOPÁN

ILUSTRACIONES DE GERARDO BARÓ

Cuentos para nietos



Guías de lectura
en los códigos QR

en
Alianza
EDITORIAL



Título

CUENTOS PARA NIETOS

© SUSANA GERTOPÁN

© De esta edición 2021, Editorial En Alianza S. A.

Juan de Salazar y Espinoza 486 entre San José y Boquerón

Teléfono: (021) 22 22 15 (R. A.) www.editorialenalianza.com.py

Presidenta

CARMEN DA COSTA DE GALEANO

Jefe de diseño y producción

MARCELO L. TORTEROLO

Ilustraciones

GERARDO BARÓ

Edición

GABRIELA MURDOCH Y MARÍA JOSÉ PERALTA

www.tulibropy.com

Diseño

SILVANA ISASI PECCI

ISBN: 978-99925-246-1-9

Impreso en Paraguay. *Printed in Paraguay*

Primera edición: mayo de 2021

Prohibida su reproducción total o parcial, por cualquier medio,
sin permiso por escrito del editor.

La bicicleta azul



Había una vez un niño llamado Ramón,
que iba todos los días a la escuela subido a
una bicicleta azul.

En el manubrio llevaba colgados unos cuantos banderines con insignias de distintos clubes de fútbol. A Ramón le gustaba ese deporte, acudía todos los domingos con su papá a la cancha a disfrutar de los partidos.

Él era el único de su grado y del vecindario que tenía bicicleta. Esto se debía a que sus padres le daban siempre los gustos y le compraban todo lo que el hijo les pidiera. Sin embargo, con los demás niños no pasaba lo mismo, porque sus padres no tenían suficiente dinero para comprarles bicicletas a sus hijos.

Ramón se mostraba feliz de poder manejar su bicicleta azul. Siempre paseaba frente a los demás, orgulloso de ser el único del barrio que conducía una bicicleta. Y cuando alguno de ellos le pedía que se la prestara para dar una vuelta, Ramón se negaba. Nunca compartía con nadie su bici.

En aquel momento, la atracción principal de los niños del barrio era ver pedalear a Ramón. Hasta que apareció el álbum de figuritas y se convirtió

también en atracción. Todos querían completar el álbum, ya que el primero que lo conseguía se ganaba una bicicleta.

El álbum se regalaba en las escuelas para que los niños aprendieran jugando sobre historia, geografía, arte y muchas cosas más. Algunas figuritas tenían mapas de los distintos continentes: América, Europa, África, Asia y Oceanía. Otras llevaban nombres de países y sus capitales. En algunas se veían reproducciones de pinturas de famosos artistas, versos de célebres escritores y retratos de músicos ilustres. También había figuritas con los rostros de famosos deportistas, científicos o presidentes de países.

Todos los niños en las escuelas y en el vecindario andaban entusiasmados buscando figuritas o cartoncitos para completar el famoso álbum y así ganarse una bicicleta. Estas se vendían en sobres que traían tres figuritas. Si venían repetidas, siempre cabía la posibilidad de intercambiarlas con otros niños.

Lo bueno de todo esto era que, en las escuelas, a los que obtenían buenas calificaciones y se portaban bien, les regalaban sobrecitos con figuritas. Por eso, los alumnos se esmeraban en estudiar y en ser buenos compañeros.





El que siempre tenía más figuritas era Ramón, porque sus padres le compraban todos los sobrecitos que él pedía.

En las tardes, los compañeros de clase de Ramón y otros amigos del barrio se reunían en la casa de Estela, una niña muy simpática a quien todos querían, para intercambiarse figuras repetidas y llevar a cabo la tarea de pegarlas en los recuadros vacíos de sus álbumes.

Eran momentos muy divertidos para la *agrupación de intercambio*, como se hacían llamar ellos. A veces, a alguien solo le faltaba completar una hilera de su álbum; a otros, más. ¡Aquellas reuniones se convertían en encuentros de juegos, charlas y alegría!

El que nunca iba era Ramón: él solo pasaba por enfrente de la casa de Estela conduciendo su bicicleta, tocaba la bocina, saludaba con una mano y seguía su paseo.

Un día pasó que a todo el grupo le faltó la misma figurita para completar sus álbumes y

ganarse la bicicleta. Lamentablemente era una muy difícil de conseguir: tenía la foto del famoso doctor Salk, el científico que había descubierto la cura de una enfermedad que atacaba a niños y había desarrollado una vacuna para que nadie más sufriera de este mal.

Pero nadie encontraba esa figurita. Todos buscaban y buscaban, preguntaban a otros niños que no formaban parte de la agrupación de intercambio y no recibían respuesta positiva.

El que había conseguido aquella figurita que todos necesitaban era Ramón, pero aunque a él le faltaban varias para completar su álbum, se negaba a cambiar esa por otra.

En varias ocasiones, los miembros de la agrupación de intercambio lo invitaron a los encuentros, pero Ramón siempre les dijo que no. Prefería pedirles a sus padres que le compraran más sobres y seguir guardando las figuritas repetidas, que las amontonaba y llevaba en los bolsillos como mazos de barajas.



Cuando lo miraban circulando con su bicicleta azul, él levantaba un brazo y les mostraba la cantidad de figuritas que le cabían en una mano.



El tiempo fue pasando y nadie podía ganarse la bicicleta porque Ramón guardaba todas las repetidas de la figurita que los demás necesitaban.

Pero un día cualquiera, durante un atardecer frío y lluvioso, cuando volvían caminando de la escuela, los niños del vecindario vieron cómo Ramón cayó en un pozo con su bicicleta y el raudal arrastró su álbum de figuritas.

Rápidamente, unos corrieron a ayudarlo y otros fueron tras el álbum por cuadras y cuadras, hasta que por fin lograron rescatarlo.

Ramón lloraba y lloraba al ver destruido su álbum. Entonces, todos los amigos del barrio se juntaron e hicieron una campaña para reunir figuritas y llenar un nuevo álbum para Ramón. Pero cuando parecía que iban a terminar, se dieron cuenta de que ¡faltaba una figurita!

Al día siguiente, para sorpresa de todos, como por arte de magia, la famosa figurita apareció pegada en el espacio que le correspondía. Sin que nadie se diera cuenta, Antonio, el niño más humilde

del barrio, la había pegado para completar el álbum.

Esa misma tarde, Ramón fue a canjear el álbum y volvió con una bicicleta nueva de color verde.

Llamó al grupo de niños, los juntó y les regaló su premio. Pero no solo les dio esa bicicleta verde, ¡también su bicicleta azul! Todos festejaron el buen gesto de Ramón y, desde aquel momento, los amigos compartieron entre todos las dos bicicletas: la verde y la azul.

La mejor sorpresa de todas la tuvo Antonio, el niño que había ayudado a Ramón a terminar su álbum. Una mañana, cuando salía camino a la escuela, encontró en la puerta de su casa una bicicleta roja con muchos banderines colgados en el manubrio y una nota del papá de Ramón en el asiento que decía:





iYUPI!



La maestra se sintió muy complacida con el resultado que obtuvo con los álbumes de figuritas. Los niños no solamente se habían divertido muchísimo, también se habían dado cuenta de que se puede aprender jugando. Pero, sobre todo, habían aprendido lo bueno que es compartir.

Por eso, les prometió a los alumnos que el año próximo organizaría nuevamente la misma competencia.

